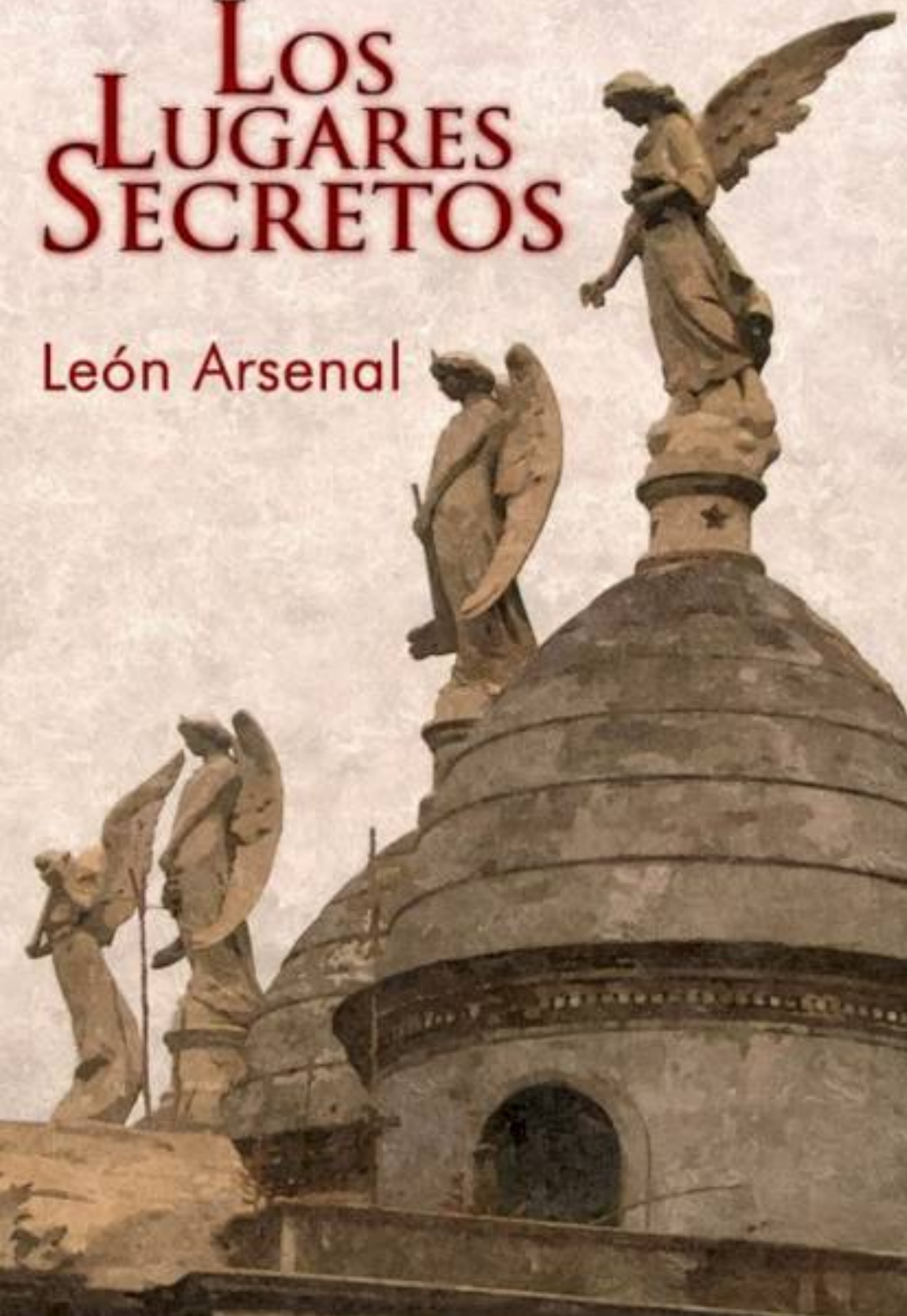


# LOS LUGARES SECRETOS

León Arsenal



Claudia Ugarte comienza a sospechar que la larga ausencia de su ex pareja, Jacobo, que se marchó dos años atrás a un largo viaje de estudios y placer, no sólo no es coherente con su carácter, sino que resulta extraña y presenta múltiples lagunas. Preocupada por la suerte de su antiguo amante, empieza a interesarse por el trabajo que éste dejó inconcluso por su supuesta partida; un estudio sobre la simbología presente en diferentes edificios de Madrid, y que pareció centrarse al final en las huellas dejadas por una sociedad filosófica, Los Elegidos, que se inspiraban en una secta gnóstica de la Antigüedad, los agápetos, y que llegaron a tener ramificaciones en Italia y Sudamérica.

Tras una exhaustiva investigación que pone en peligro su propia vida y en la que se ven implicados varios amigos y, también, algún que otro personaje indeseable, Claudia se convencerá de que los Elegidos no sólo existieron en realidad, sino que consiguieron mantener sus creencias y sus prácticas sangrientas hasta nuestros días. También de que la sociedad está formada por personajes poderosos, con proyección social, económica y política, que no dudarán en matar a todos cuantos amenacen el secreto de su existencia.

El escritor León Arsenal aprovecha, en esta nueva novela, el potencial oculto de Madrid, de sus monumentos, de su historia, para ofrecernos una visión diferente y descubrirnos una ciudad distinta, secreta, mágica y literaria.



Para Ana María di Cesare, con la que he compartido amigos inmejorables, a la vez que momentos muy malos.

## 1434, anno Domini

El 22 de octubre de 1434, el cielo sobre Madrid se cubrió de nubes negras. Fue cerca del ocaso y las gentes de la villa, a las puertas de tabernas e iglesias, se pronosticaban unos a otros grandes lluvias de nuevo para los próximos días. Esa misma noche, muchos de los vecinos se despertaron con el aguacero sobre tejas, muros y contraventanas. Chaparrón que fue amainando a llovizna y que aún caía cuando un alba tan gris como desangelada abrió el nuevo día. Los optimistas, al ver llover ya tan fino, supusieron que no tardaría en cesar del todo y que quizás aquellos cielos tan negros se abrirían antes de la noche.

Pero la lluvia continuó todo ese día y el siguiente, y el siguiente. Era como si un temporal inagotable se hubiese instalado sobre la villa, primero para pasmo y luego para pavor de los madrileños, que veían cómo transcurrían las jornadas sin que la lluvia dejase de caer un instante. Unas veces en forma de chaparrón y otras de agua ligera, pero sin cesar nunca del todo.

Según fue avanzando el otoño, a veces el llover se volvía pedrisco grande que bombardeaba calles y tejados, destrozaba follajes, hería a hombres y bestias, causaba daños en las moradas y sembraba las calles de bolas de hielo que se disolvían cuando las precipitaciones se tornaban de nuevo agua.

Con el paso de las semanas bajo esa tormenta interminable, la tierra se fue empapando hasta que ya no sólo no pudo absorber más agua sino que la expulsaba. Los suelos rezumaban, bajaban torrenteras desde lo alto de la Almudena, las fuentes lanzaban surtidores que espumaban con fuerza tremenda e incluso brotaban manantiales nuevos por doquier. Las cavas defensivas de la zona oriental estaban a rebosar. Se habían formado balsas y charcas por todas partes, y la gente chapoteaba en barro dentro de sus propias casas. Las ropas nunca estaban del todo secas, los vecinos enfermaban por culpa de tanta humedad y muchos morían escupiendo flemas. Las telas se pudrían, los hierros se oxidaban por más que los aceitasen, los alimentos estaban cubiertos de mohos.

La corte castellana, a la sazón en el alcázar de Madrid, asistía acobardada a aquel diluvio antinatural que arrasaba la villa. El rey Juan II, timorato como siempre, en vez de tomar medidas para drenar las calles, optó por refugiarse en sus confesores, por pedir consejo a astrólogos y cabalistas, y por tratar de remediarlo todo con misas mayores y rogativas.

A la postre, las cavas defensivas del este acabaron por desbordarse, de forma que el barrio de San Pedro se inundó y toda la zona oriental de la villa sufrió grandes daños. Hubo corrimientos de tierras y muchas viviendas, con los cimientos socavados por el agua, se derrumbaban sepultando a familias enteras. Bajo aquel martilleo constante poco se hacía aparte de desescombrar lo justo para dejar las calles expeditas, de forma que la población entera estaba llena de ruinas, charcos fangosos y cadáveres a medio sepultar por el barro.

Días antes de Navidad, cuando ya llevaban casi dos meses bajo aquella lluvia incesante, se produjo uno de esos hundimientos catastróficos de casas, no lejos de la muralla, entre la puerta Cerrada y la de Moros, en un barrio muy castigado por el diluvio. Los alcaldes de la villa enviaron a

un puñado de obreros para retirar escombros y abrir calle, y con ellos a Ruy de Escobar, alguacil, con la orden de custodiar esas ruinas. Fue Escobar, muchos años después, quien habría de narrar algunos pormenores sobre aquel suceso a don Francisco de Vargas, secretario de los Reyes Católicos, al que todos llamaban «Vargas el Averiguador».

Si le tocó a Escobar la custodia de aquel montón de ruinas fue porque era muy joven y casi recién ingresado en los alguaciles. A las puertas del invierno, caía nevisca o aguanieve, de forma que todo estaba cubierto de blanco, lo que suavizaba aquel panorama de catástrofe urbana. También las montañas de Guadarrama estaban ya cubiertas de nieve, claro, y el viento norte, al bajar desde aquellas laderas, soplabá gélido, haciendo tiritar a las gentes en las calles y acrecentando los enfriamientos y la mortandad. No era pues de extrañar que los alguaciles veteranos hubiesen preferido quedarse a resguardo junto a sus braseros, bebiendo y jugando, y hubiesen enviado al más novato a la casa derrumbada.

Nevaba con fuerza cuando Ruy de Escobar, que se arribaba contra una tapia envuelto en su capa de cuero engrasado, vio llegar a Pedro Cuello y Santiago Gómez, también cubiertos con capas y capuchones, hollando con sus botas la nieve blanca recién caída. El hatajo de ganapanes que con azadas despejaban el paso se volvió a mirarles mientras Escobar, de mala gana, se apartaba de la tapia para llegarse a ellos.

Aquellos dos eran hombres de la cámara del rey, gaudules, codiciosos, malos consejeros y amigos de pendencias, como muchos de los parásitos que pululaban junto a la mesa de Juan II de Castilla. No le sorprendía su presencia justo allí, como no lo había hecho que le mandasen a custodiar aquellas ruinas, sabiendo de quién había sido la vivienda. Fue Cuello, al que el alma ruin le asomaba al cuerpo, porque era reseco, cargado de hombros y de rasgos rapaces, el que se dirigió a él con brusquedad.

—¿Cuándo se vino abajo la casa?

—Esta noche, cerca de la tercera vela según los vecinos.

—¿Y qué ha sido de sus moradores?

—El edificio se derrumbó de golpe. Estaban dentro durmiendo y deben haber muerto todos.

Cuello paseó la mirada por las ruinas, ya cubiertas de nieve. Se volvió a su compañero Gómez.

—El famoso sótano estaba en la habitación del fondo. ¿No?

«Acabáramos», se dijo para sus adentros el joven Escobar, reafirmando en lo que ya sabía. Porque aquella era la casa de un tal Pedro Gutiérrez, famoso en la villa por explotar a las mujeres de su casa: esposa, hijas, la criada, a todas las prostituía para embolsarse buenos dineros. Era o, mejor dicho, había sido hombre huraño que apenas se mezclaba con nadie y con fama de avaro. «El famoso sótano» mencionado por Cuello era una especie de pequeña leyenda en la villa, puesto que algunos visitantes a la casa hablaban de una trampilla situada en la propia alcoba del dueño de la casa y que sin duda llevaba a un sótano o bodega, donde la hablilla popular creía que Gutiérrez guardaba todo el dinero amasado en esos años de proxenetismo y ahorro.

Por eso le habían mandado a él allí apenas se supo del derrumbe: para impedir que nadie saquease las ruinas y mucho menos accediese al sótano. Y por eso habían bajado desde el alcázar aquel par de vividores —seguro que por cuenta de terceros más importantes— con ánimo de invadir el subterráneo y hacerse con las supuestas riquezas que allí hubiese, dado que Gutiérrez y todos los suyos habían muerto sepultados. Cuello, que era el que llevaba la voz cantante, se golpeó las manos enguantadas.

—Que desescombren por esa zona.

Así que allí se quedaron los dos hombres de la cámara del rey y el alguacil, las capas ceñidas y las cabezas gachas contra las ráfagas de nieve, mientras un par de ganapanes encapuchados y con las manos envueltas en trapos aparta-



ban adobes, trozos de vigas de madera y nieve, tratando de encontrar esa trampilla de la que también ellos habían oído hablar tanto.

Cuando por fin quedó al descubierto, resultó ser un cuadro bien sólido de madera de encina, con una simple argolla de soga a modo de tirador. A un gesto de Cuello, los dos pecheros la abrieron, halando entre gruñidos. El propio Cuello, secundado por su compinche Gómez, se asomó a la boca sin conseguir ver otra cosa que un tramo de escalones que bajaba hacia la oscuridad. Viendo cómo titubeaban, Escobar suspiró para sus adentros.

—Id a por lámparas, candiles o lo que sea —mandó a los obreros.

Y así fue cómo los dos cortesanos, el alguacil y uno de los ganapanes, que los primeros mandaron que bajase con ellos por si hubiese que mover algo, descendieron, llenos de codicia unos y de curiosidad otros, a la bodega de Pedro Gutiérrez, el cornudo consentido. Pero para su gran chasco, el titilar de las llamas de los candiles no les mostró nada del otro mundo. Sólo una bodega de mediano tamaño, afirmada mediante un par de puntales de madera que habían resistido el derrumbe de arriba y que no contenía otra cosa que algunos pellejos de vino y enseres viejos. Cuello iba a estallar ya en maldiciones cuando Santiago Gómez le tomó con fuerza por el brazo para señalarle una de las esquinas.

Allí había otra trampilla, idéntica a la anterior. Y de nuevo, esta vez solo, el ganapán la abrió gruñendo con esfuerzo. Cuello se introdujo el primero, candil ardiente en mano, ansioso por llegar a las riquezas del alcahuete. Pero, sin llegar a bajar del todo las escaleras, se detuvo perplejo, de forma tan brusca que Gómez, que le seguía, estuvo a punto de chocar con él y hacerle caer rodando.

Aquello no era bodega inferior, ni tampoco escondrijo de riquezas. Al parpadeo amarillento de los candiles, se encontraron con que habían descendido hasta un segundo

sótano, más grande que el anterior y bien afirmado por vigas de madera en el techo. El suelo era de tierra, sin ni siquiera esteras. En cambio, las paredes estaban revocadas y cubiertas de frescos tan hermosos como extraños. Al alzar los candiles, los intrusos pudieron observar atónitos aquellas pinturas de inspiración religiosa. Los colores eran ricos y las imágenes sostenían espadas, cruces o alzaban las manos en gesto de bendición. Alrededor de las cabezas había grandes aureolas doradas. Ni los dos cortesanos ni el alguacil habían visto jamás anda parecido. Sólo años después, el segundo, tras hablar con viajeros llegados de Oriente, sabría que aquellos frescos eran de un estilo semejante al de Bizancio. Semejante pero no igual.

Sin embargo, en aquel momento, lo único que sacó en claro fue que alguien se había gastado una fortuna en aquel sótano, y no sólo por las pinturas. Allí no olía a humedad y sin duda había sido bien construido. En todo caso, allí tampoco estaban los dineros del mestre Gutiérrez. Toda la longitud de esa estancia subterránea estaba ocupada por una mesa corrida de tableros sobre caballetes, como las de los banquetes. No había allí ni manteles ni platos ni jarras, pero sí asientos de madera y cuero a ambos lados. Escobar contó exactamente trece, extrañado por esa disposición, ya que así no había espacio para que pudiesen atenderles los sirvientes. Si de verdad celebraban allí festines, los asistentes debían servirse ellos mismos como en las casas pobres.

Fue el pechero quien descubrió la siguiente trampilla, exacta a las anteriores. Quizá porque a él las pinturas le llamaron bastante menos la atención y, por tanto, andaba menos embobado con ellas. No en vano era uno de esos desocupados sin oficio, míseros y sin luces, que se ganaban la vida como podían, hoy acarreando espuertas, mañana descargando carros, y para él esos frescos nada significaban.

La nueva trampilla estaba también en una esquina. Se plantaron junto a ella candiles en mano, ahora casi inquietos, preguntándose cuántos sótanos habría, cada vez más

profundos, en la casa. A la cabeza de Escobar acudió lo que se contaba de la casa de Samuel Leví, el que fuese tesoro del rey Pedro *el Cruel*, que tenía una casa en Toledo con siete sótanos superpuestos; casa que después fue adquirida por el marqués de Villena, otro famoso alquimista y brujo.

—Abre —ordenó él mismo, viendo a los cortesanos titubear.

De nuevo descendieron los escalones, ésta vez el joven Escobar delante, candil en alto y la diestra cerca de las armas, no porque temiese un ataque, sino por costumbre. El resplandor de la llamita le mostró otro sótano rectangular, más pequeño que el anterior y con el techo sustentado por dos columnas de madera. Había una mesa a un lado, una de tablero de roble grueso y sólido. Al acercarse los intrusos, sus luces les mostraron que ese tablero estaba manchado y que había un surco ancho en uno de los lados, como el que de las mesas de carnicero, para hacer correr la sangre. En una de las paredes había un vasar de madera y sobre éste media docena de grandes cuencos semicirculares, botes de cerámica, almireces y un par de cuchillos de hojas anchas y afiladas. Cuello había paseado su luz por encima, haciendo destellar los aceros.

—Esto es negocio de brujos —gruñó al fijarse en esos botes, que debían contener sustancias.

—Aquí han matado a gente —murmuró a su vez Escobar, que había visto las manchas del tablero y notado cierto tufillo que flotaba en aquella atmósfera subterránea.

El obrero, que lo miraba todo ahora acobardado, fue sin embargo el que de nuevo advirtió la existencia de otra tapa de madera, ésta redonda, que parecía más brocal de pozo que trampilla de descenso. Esta vez tuvieron que tirar de la cuerda entre él, Escobar y Gómez, así de pesado y grueso resultó el brocal, mientras Cuello los alumbraba con su candil.

No había acabado de destapar cuando recibieron tal golpe de fetidez que les hizo irse para atrás, y eso que eran hombres acostumbrados a los hedores. Aquel olor no sólo era espantoso sino también inconfundible. La pestilencia de los cadáveres. El ganapán retrocedió santiguándose y los cortesanos recularon acobardados. Escobar echó mano al candil y se acercó al mismo borde conteniendo las arcadas. El pozo debía ser muy profundo, porque no logró alumbrar nada. Pero allí olía a muertos, y no precisamente a pocos. El dueño de la casa debía haber estado deshaciéndose de cadáveres en aquel agujero, sabía Dios el número o desde hacía cuanto tiempo. El alguacil, plantado ante esa boca oscura y hedionda, no pudo por menos que recordar cuentos de viejas acerca de prostíbulos con pozos como el que ahora veían sus ojos, donde acababan los forasteros solitarios, los borrachos pendencieros y los recién nacidos no deseados.

Volvió a pasear la llama sobre el pozo, sin conseguir alumbrar otra cosa que oscuridad. Retrocedió ante los vapores fétidos, preguntándose si habían construido aquel pozo tan hondo o si se habían topado con él cuando abrían los sótanos.

—Vámonos, alguacil —le instó Cuello con voz áspera—. Este lugar está embrujado y aquí se han cometido crímenes terribles, sin duda. Hemos de dar cuenta al Justicia Mayor del rey.

—Hay que avisar también a los alcaldes de la villa.

—Eso como gustes o sea tu obligación. Pero salgamos sin demora. Huele a muerte y a magia negra. Coloquemos la tapa y vayámonos.

Subieron a toda prisa para emerger a aquel día gris, entre torbellinos de nieve. Cuello mandó a los obreros que echasen de nuevo escombros pesados sobre la trampilla, y Escobar, tras llevarse aparte al que les había acompañado en aquel viaje subterráneo, le conminó a tener la boca cerrada, so pena de castigos.

El despeje había acabado, por lo que despidieron a los obreros. Los dos cortesanos se fueron calle arriba, en dirección al alcázar, en tanto que Escobar acudía ligero a informar al concejo. Aunque se dio prisa, más debieron de darse Cuello y Gómez, ya que cuando los alcaldes, asombrados por lo que les contó, acudieron acompañados de otros oficiales de la villa y algunos alguaciles, se encontraron con que había ya allí algunos guardas personales del rey con órdenes de no dejar pasar a nadie.

Qué pensaban hacer el monarca y sus oficiales con aquel asunto quedó siempre en el misterio. Dos días después, debido al peso de los escombros y la nevada, y quizá porque la viguería subterránea ya había quedado dañada con el primer derrumbe, aquel sistema de sótanos superpuestos cedió con tremendo estruendo y succión de tierras y nieve. El pequeño cataclismo no atrapó a ninguno de los que guardaban el lugar y no faltaron quienes atribuyesen el suceso a la mano de Dios. La historia de esos subterráneos de brujas circuló algún tiempo por Madrid pero, como aún siguió cayendo agua hasta el 7 de enero, hubo más derrumbamientos y más muertos, y algunos meses después, por culpa de tantos cadáveres insepultos entre las ruinas, se desató la peste en la villa, aquello no tardó en borrarse de la memoria de casi todos.



El espejismo de un verano suave se esfumó en Madrid a finales de julio, cuando las temperaturas subieron de golpe a casi cuarenta grados. A rebufo de ese bandazo, las conversaciones viraron hacia lo tornadizo del clima. Más de uno señaló con sarcasmo que los meteorólogos habían pronosticado que esos meses serían los más calurosos en años, cuando en realidad bandeaban entre el fresco y el calor. La misma Claudia Ugarte recordaría tiempo después haber cruzado alguna frase al respecto con Eduardo Regalado aquella noche, para ella luego memorable, en la que tomaron café en una terraza de la plaza de Santa Ana.

Semanas más tarde, Claudia se asombraría al recordar lo extraño del encuentro y no dejaría de preguntarse cómo era posible que eso no la hubiera puesto sobre aviso de lo que iba a suceder. Encuentro extraño por la conversación. También por cómo tuvo lugar: entre comentarios banales, como para quitar hierro a lo hablado. Extraño incluso porque llevaban dos años sin saber el uno del otro.

Y luego de esos dos años Eduardo la había llamado al móvil, explicándose tan mal como de costumbre. Quería comentar con ella un asunto que creía delicado, uno que sería mejor hablar en persona. Claudia, desconcertada, accedió a quedar ese mismo día, movida tanto por la curiosi-

dad como por que no tenía nada que hacer en aquella tarde-noche cálida de julio.

Llegó a la plaza algo pasadas las diez. Tarde aunque no mucho, y sin embargo la primera, algo que nunca le había hecho mucha gracia. Lo hizo caminando por la calle del Príncipe, ojeando al pasar los escaparates de tiendas de mobiliario exótico —muebles de Tailandia, Birmania, Laos, Vietnam— que habían ido instalándose en los dos últimos años, en ambas aceras. Hacía tiempo que no visitaba ese barrio e iba examinándolo todo con ojos de forastera, casi como si viese las tiendas y garitos por primera vez.

Cruzó en diagonal la plaza de Santa Ana: un rectángulo con el hotel Reina Victoria arriba, el Teatro Español abajo y cervecerías siempre llenas de gente a ambos lados. Frente al hotel y sobre pedestal con relieves de bronce un Calderón de la Barca en piedra blanca de ropas talaras y gesto solemne, con los antebrazos encima de un libro de canto. Como para darle simetría, delante del teatro otra estatua más reciente. Esta de Lorca y en bronce, algo inclinado, con la paloma alzando vuelo desde sus manos abiertas.

Esa última siempre le había parecido a Claudia algo cursi. Tenía la impresión de estar no delante una estatua sino de uno de esos actores callejeros que se congelan en posturas para sacar monedas a los viandantes. Esa vez además vio que le habían pintado la cara de rojo. Habían tratado de limpiarlo pero quedaban restos y eso aumentaba el parecido con los mimos.

Santa Ana hervía de público y en las terrazas no cabía un alfiler. Lo de que Madrid se vacía en verano es un mito desde hace años. El centro soporta en esos meses más presión humana si cabe por la suma de nativos, turistas nacionales y extranjeros. Y en Santa Ana sobre todo de los terceros. A ciertas horas lo difícil es oír hablar en español.

La cita era en la terraza de la cervecería Santa Ana, una de las más grandes y concurridas. No encontró a Eduardo pero sí una mesa libre. Apartó las copas de cerveza vacías